



[www.loqueleo.com/es](http://www.loqueleo.com/es)

© 2010, Cecilia Domínguez Luis

© De esta edición:

2018, Santillana Infantil y Juvenil, S. L.

Avenida de los Artesanos, 6. 28760 Tres Cantos (Madrid)

Teléfono: 91 744 90 60

ISBN: 978-84-9122-050-3

Depósito legal: M-37.850-2015

Printed in Spain - Impreso en España

Tercera edición: septiembre de 2018

Directora de la colección:

Maite Malagón

Editora ejecutiva:

Yolanda Caja

Dirección de arte:

José Crespo y Rosa Marín

Proyecto gráfico:

Marisol del Burgo, Rubén Chumillas, Julia Ortega y Álvaro Recuenco

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

# **La luna en el agua**

Cecilia Domínguez Luis

Ilustración de cubierta de Jesús Cisneros

loquele<sup>o</sup>



## **Primera parte**

Raúl



Quise llegar lo suficientemente temprano para no tener que enfrentarme a todas aquellas caras desconocidas, a sus posibles e inoportunas preguntas. Era «el nuevo» y eso en un instituto, sobre todo si llegas con un trimestre de retraso, siempre despierta cierta expectación, alguna que otra sospecha y también preguntas malintencionadas que quería evitar o, al menos, retrasar todo lo que pudiera.

Cuando llegué, el conserje estaba abriendo la verja de hierro que chirrió de una forma tan estridente, que daba la impresión de que nunca se hubiese engrasado. Oí cómo farfullaba algo que tenía que ver con el olvido de ponerle aceite a los goznes. «Un olvido de siglos», pensé. Fue entonces cuando Benito, el conserje, me miró con curiosidad, como si me hubiese leído el pensamiento.

—Me imagino que tú eres el nuevo, ¿no?

Yo asentí con la cabeza.

—Anda, pasa, no estés ahí parado. ¿Cómo es que has venido tan temprano? ¿Aún no sabes el horario?

Por toda respuesta me encogí de hombros. No tenía por qué dar explicaciones y menos a él.

10

—Vaya, parece que eres un chico muy hablador, ¿eh? —dijo con sorna—. Bueno, no te quedes como un pasmarote, espera ahí un poco, en el vestíbulo, que yo tengo muchas cosas que hacer y no puedo estarte contemplando.

Entré en el vestíbulo y me senté en un banco que estaba frente a secretaría, al lado de una columna. Pensé que allí pasaría más desapercibido cuando entraran los demás.

Intenté serenarme, pero era inevitable sentir los latidos del corazón, aquel intenso golpear de las sienas y el temblor involuntario de mis piernas.

Apenas había dormido la noche anterior. Mi vida había cambiado en tan poco tiempo que aún era incapaz de encontrar una explicación a todo lo ocurrido. Solo sentía una gran rabia por dentro y un deseo de golpear aquellas paredes naranjas del



vestíbulo que, en ese momento, se me antojaron enormes muros cerrados y limitadores.

¿Por qué habíamos tenido que huir? Porque aquello era una huida, no podía llamar de otra forma a la repentina petición de traslado de mi madre a esta ciudad en la que no conocía a nadie.

No era por problemas en el trabajo, desde luego. Me constaba que ella estaba muy contenta en aquella sucursal bancaria del pueblo; allí tenía sus amistades, su familia... Estaba claro que el culpable era yo, aunque ella, al principio, intentó disimularlo con la mentira de que necesitaba «un cambio de aires». Luego, ante mi insistencia de que no la creía, me dijo, entre otras cosas, que era lo mejor para mí. ¿Qué sabe ella lo que es mejor para mí? ¿Por qué no me lo preguntó? ¿Acaso cree que soy incapaz de enfrentarme a lo que ocurrió con aquel hijo de...?

—¡No hables así de tu padre! —me había advertido mi abuela Rosalía.

Claro, ella qué iba a decir, si era su hijo.

Miré el reloj. Aún quedaba media hora y todavía no había llegado nadie. En ese momento oí como se abría la puerta de entrada. Protegido como estaba

por aquella columna, asomé la cabeza para ver quién o quiénes venían. Eran dos profesores —al menos eso imaginé— y el director del instituto, al que ya había conocido cuando vine con mi madre a hacer el traslado de matrícula.

Volví a refugiarme tras la columna. No me habían visto. «Mucho mejor», pensé, seguro de que me habrían preguntado el porqué estaba allí tan temprano y me echarían el rollo de siempre. «¡Si pudiera escapar de todo esto...!».

Sentí la boca seca como aquella vez mientras esperaba la llegada de mi padre.

*Fue una mañana de octubre. Aquella noche, como esta, tampoco había podido conciliar el sueño, aunque la causa era muy distinta.*

*Yo solo conocía a mi padre por las fotografías que me enseñaba mi abuela Rosalía. Se había marchado cuando yo aún no había nacido, y mi madre apenas me hablaba de él. Solo sabía que estaba lejos, que no se había casado con mi madre porque, en ese momento, eran demasiado jóvenes; que, además, él era huérfano de padre, no tenía trabajo y no podía hacerse cargo de mantenernos a mi madre y a mí. Así que se marchó y*

*mi madre tuvo que ponerse a trabajar mientras terminaba un módulo de Administrativo.*

*También sabía que mi abuelo Raúl, el padre de mi madre, se enfadó mucho al principio, pero que después que yo nací se encariñó conmigo, sobre todo cuando mi madre me puso su nombre; que mi abuela Lourdes me había cuidado mientras mi madre trabajaba y que mi abuelo, que según palabras de mi abuela tenía «ganas de agarrar a mi padre por el cuello y obligarlo a cargar con su responsabilidad», murió sin poder cumplir con su deseo.*

*No recuerdo si eché en falta a mi abuelo. Cuando murió yo tenía tres años y, aunque mi madre me asegura que lloré cuando me dijeron que ya «el abuelo no estaba» y que lo estuve llamando y buscándolo por la casa, yo no recuerdo nada.*

*Luego vino lo de mi abuela Rosalía que, según me contaron, un día se presentó en mi casa y se encaró con mi madre.*

*—Elisa —le dijo con decisión—, sé que mi hijo Javier no tiene disculpa, pero Raúl también es mi nieto y me gustaría poder ayudarte y disfrutar del niño.*

*Mi madre se negó a recibir ayuda de mi abuela pero consintió en que fuera de vez en cuando a su casa, y no*

*pudo negarse a que me hiciese regalos en mi cumpleaños y por Navidad.*

Tan embebido estaba en mis recuerdos infantiles que no oí como se abría de nuevo la puerta del vestíbulo.

14 —¡Eh! ¿Qué haces aquí? Sal al patio a reunirte con tus compañeros hasta que toque el timbre de entrada.

Sabía que era inútil cualquier protesta, así que agarré mi mochila y me dirigí lentamente hacia la puerta, intentando hacer tiempo. En ese momento eché de menos a Andrés, mi mejor amigo, mi compañero de siempre, el que me ayudaba a resolver los problemas de matemáticas que se me atragantaban, el cómplice de tantas travesuras.

Sentí de nuevo un rechazo hacia mi madre. Ella me había separado de todo aquello: de mis amigos, de la pandilla, de las escapadas al mar, con la emoción que suponía faltar al instituto para bañarnos, como furtivos, en aquellas playas desiertas.

Respiré con fuerza antes de abrir la puerta y salir al patio.

Logré esquivar a un primer grupo de chicos que hablaban de unos próximos exámenes y que no se dieron cuenta de mi aparición. Sin embargo, mi intento de escabullirme casi me lleva a darme de bruces con otro grupo.

—¡Eh, a ver si miras por donde vas!... ¡Oye, oye, ven aquí! Tú eres el nuevo, ¿no?

De pronto me vi en el centro de un círculo de chicos que me miraban con curiosidad y llegó lo que tanto temía: las preguntas: ¿De qué instituto vienes? ¿Por qué has venido tan tarde? ¿A qué curso vas...?

Afortunadamente y cuando iba a responderles una barbaridad de las mías, sonó el timbre de entrada a clase.

Temblando aún por un ataque de ira contenida, con los puños apretados y una intensa sensación de calor en la cara, me sentí empujado hacia la salida por una especie de marabunta gritona.

Por lo menos, me habían dejado en paz.